

DOSSIER

UN HOMENAJE A ELKIN OBREGÓN (1940 – 2021)
DESDE SUS AMIGOS

LUIS ALBERTO ARANGO¹
JOSÉ RAÚL JARAMILLO²
JAVIER GIL GALLEGU³
ANDRÉS ESTEBAN ACOSTA⁴

¹ Socio administrador de la Librería Palinuro de Medellín desde el año 2003, año de su fundación.

² Cofundador de la Universidad Autónoma Latinoamericana. Egresado de la Facultad de Derecho de la misma institución.

Autor de *Textos breves* (2001), y *La antesala del olvido* (2010).

³ Historiador de la U. de A. (1989). Autor de los libros: *Trece cuentos no peregrinos* (2008), *Mi negra es poesía, pero esto es puro cuento* (2022).

⁴ Estudió filosofía en la U. de A. Escribió crónicas. Presenta *Músicas de la Montaña* para la emisora de la U. Nacional. Autor del libro *La esperanza necesaria* (2021). U. de A.

Disyuntiva resuelta

Luis Alberto Arango P.

Con Elkin Obregón tengo un dilema: ¿con cuál me quedo? ¿Con el dibujante, el caricaturista, acuarelista; el escritor, antologista, ajedrecista aficionado, traductor; el bohemio, repentista, brillante humorista con un oído educado para la música y las gentes? Con todos esos, me respondo. Porque fue como tener una docena de amigos en uno.

Pero, sobre todo, me quedo con el anti solemne, libertario, sensible; con esa elegancia y delicadeza para ser también implacable en opinión, en la crónica, en

la construcción de un perfil, en una simple viñeta. Un hombre ajeno a zalemas y homenajes. Alguien que miró “el establecimiento” con el ojo inteligente del escéptico. Jamás se dejó comprar porque su intuición le dijo que perdería su máspreciado tesoro: la libertad. Se negó a ser, en sus propias palabras, “un poeta del reino”. Hacer, en el mejor sentido, lo que le venía en gana. Pero hacerlo impecable. Un ojo avizor, de alta cetrería, para los menesteres que fueron su pasión: las bellas artes. La frase es de cajón, pero este es un momento para usarla: “un hombre del renacimiento”, un sibarita con criterio; sentir curiosidad por todo y aplicarle la razón. En palabras del maestro Osuna, “un iluminado”.

Lectura y cinefilia, dos de sus máspreciados quehaceres, sustentaban sus semanas, alternadas, cuando el deseo lo propiciaba, con el dibujo, la escritura de columnas para periódicos, evaluaciones para editoriales universitarias, amigos, dibujantes o escritores en ciernes. ¡Ah!, y siempre la conversación, su deporte favorito, pero con quien tuviera empatía.

Catorce libros publicados, amén de sus traducciones. Con solo tres de ellos –*Grafismos*, *Los Invasores* y *Trazos*– habría tenido para que la maestra Beatriz González no lo hubiera excluido de su libro *Historia de la caricatura en Colombia*, máxime que ya había recibido el reconocimiento en el Premio de periodismo CPB, modalidad caricatura, en 1986. Imperdonable.

Más de cincuenta años de trabajo frente al papel. En sus palabras, sin tono de solemnidad, “se hizo lo que se pudo”. Al fin y a la postre, él ya nos lo había recordado en múltiples entrevistas orales y escritas: “Nací con un lápiz en la mano”. Su vida, su todo, su tabla de náufrago, su isla del edén.

Al final de su bello poema, “Los Amigos”, dice: “los amo tanto, / que tal vez los merezco. / Nunca se van los verdaderos”. Es menester, que al lado de los de carne y hueso, incluyamos los otros, los de sus cómics preferidos, que todavía volean su mano para decirle adiós: El Fantasma, su más entrañable; Carlitos, Lorenzo y Pepita, Benitín y Eneas, Garfield, El mago Fedor y una decena más.

¡Agur! querido Obregón.

Tardeando con Elkin Obregón

José Raúl Jaramillo R.

Siempre hube de solicitarle que me atendiera, con tres días de anticipación –en plan de visita y al atardecer la tarde–, en su biblioteca del segundo piso de la vieja casa donde había nacido y desde la cual salió al mundo –a España y Brasil– para regresar después de varios años y fallecer, allí mismo, de forma repentina, en la mañana de un domingo de enero del segundo año después de aparecer el virus corona que ha hecho su labor de muerte por el orbe conocido.

Me recibía después de ver sus programas favoritos por la TV española y, entre cigarrillo, copa y pocillo, conversábamos del objetivo central de mi presencia allí, que era, casi siempre, solicitarle que me ilustrara una nueva cosecha de escritos que compilé con los títulos *Textos breves* (2001) y *La antesala del olvido* (2010), a más de unos pocos publicados en revistas y periódicos en los últimos tiempos. Nunca se negó a tales pretensiones y, tras acordar detalles, no quedaba sino esperar la entrega del trabajo que él cumplió a cabalidad. Hoy poseo, con orgullo, ciento noventa y cinco originales debidamente firmados y el certificado de mi propiedad sobre ellos.

Hablábamos, además, del libro que en el momento estaba siendo objeto de nuestra atención y emitíamos el respectivo comentario, que no era, siempre, el de su gusto literario o el mío, como que es la base de una eficaz y productiva tertulia.

Me ocurrió que los minutos que había previsto para tal actividad se alargaran sin que al menos yo, el visitante, lo notara, ni él, el visitado, me hiciera caer en la cuenta de que me había excedido en las horas.

De allí salí, siempre, con nuevas informaciones sobre el mundo cultural de la ciudad, del país y del mundo, porque sus contactos lo mantenían al tanto de la actualidad. Como “un peregrino inmóvil” –tal la autodefinición de Lezama Lima–, vivía enterado del acontecer relativo a

las letras, al cine, al arte, y tuvo a los libros como a sus más fieles acompañantes.

Cuando le hice la primera visita, soportaba unos anteojos de gruesos marcos y grandes lentes que, con los años, fue cambiando por otros de menor factura y que lo hacían parecer a don Ramón María del Valle-Inclán, dadas su enmarañada y luenga barba, su delgada constitución física, su intensa mirada –como escarbando por entre los sueños ajenos– y su modo de ser desenfadado y sincero, según se lee en los diversos escritos sobre el ilustre español.

Pronto me enteré de su amor por la literatura del Brasil y, especialmente, por la extensa obra de João Guimarães Rosa, y su reconocida novela *Gran Sertón: Veredas*. Para ese momento, era el traductor exclusivo de los autores publicados por la editorial Norma en las modalidades de cuento, ensayo y poesía, enviados desde el Brasil. Posteriormente, la reconocida escritora Nélida Piñón lo escogió para que le pasara al castellano su novela *La república de los sueños* y, con cierto tono –el suyo, muy propio–, decía Elkin que “... me puso a madrugar durante tres meses con el fin de cumplirle el compromiso literario que, al final, resultó exitoso”.

Nuestro último encuentro se cumplió pocos días antes de finalizar el año 2020, cuando subí las escalas hacia su apacible y sombrío refugio para desearle una impecable salud acompañada de proyectos durante el año que estaba a punto de iniciarse.

Esa tarde me señaló una columna de nueve libros que tenía como proyecto enfrentar en las semanas venideras que ya se insinuaban. No sabíamos que antes de terminar el mes siguiente –¿cómo íbamos a saberlo?– la muerte llegaría por él y lo sorprendería al lado de sus discos y películas, sus caricaturas, acuarelas y poemas, de sus variados y amados títulos literarios. “No estaba la muerte en sus planes. La suya, al menos”, como leemos en *Funeral en Viana*, de Álvaro Mutis.

Para terminar, solo esta recordación de las sentidas palabras de León de Greiff, “Por los amigos muertos”: ¡Señora Muerte/ que se va llevando/ todo lo bueno que en nosotros topa!.../ Solos –en un rincón– / vamos quedando los demás...

Obregón

Javier Gil Gallego

Mi conexión con Elkin estaba mediada por el cine. Nuestra cita era mensual, cada que le llevaba a su vieja casa las cuatro o cinco películas que vería después con sus amigos en el llamado “Cuchiclub”, donde se reunían a ver cine con varias miradas. Nunca dejaron de gustarle las películas clásicas, las perseguía por su historia y memoria, reconocía en cada una de ellas a un viejo teatro que hacía décadas había dejado de existir en manos de un Centro Comercial, un edificio, y, en el peor de los casos en una iglesia cristiana. Su buen humor y su vasta cultura hacían que mi cita se prolongara hasta la hora de Saber y Ganar, programa televisivo que bajo ninguna circunstancia se perdía, y como no le gustaba ver sufrir a nadie, en el momento final del concurso, cuando existía una gran probabilidad de que alguien fuera eliminado de este, Elkin apagaba el receptor para no sentir ese dolor ajeno; lo mismo pasaba con el cine: uno de sus géneros favoritos era el de ladrones de bancos, pero no veía una película donde los asaltantes fueran aprehendidos por la policía.

Nuestra conversación era amenizada por un tinto claro, sin olor, sin el vaho del calor, que tomaba de su termo mientras charlábamos, y era enfático al afirmar: Grillo, no lo invito a tomar tinto porque es muy malo, es para gomosos. Eran vecinos del termo su cartón de cigarrillos –cuando fumaba–, su cenicero repleto, una colilla todavía humeante y un nuevo cigarrillo encendiéndose. Junto a éste, en esa extraña mesa de

centro, había siempre una botella o una caja empezada de aguardiente o ron. Algún mecato trasnochado – siempre parecía que la noche anterior había tenido una muy buena visita y que había disfrutado hasta la madrugada–. Completaban el ajuar varios libros que estaba leyendo o próximos a empezar. La pieza entera estaba custodiada por las paredes con estanterías llenas de libros en el declive de todo lo viejo, parecían a punto de venirse al piso como todo su ático, porque a pesar de ser una casa enorme, sólo ocupaba un modesto porcentaje de ella y alguna vez lo vi bajar a la cocina. También por él conocí a varios autores: uno de ellos fue el español Eduardo Mendoza, de un humor socarrón e inteligente como el de Obregón.

Por Elkin aprendí que a uno le gustan ciertos escritores, más que por la historia, por sus personajes, un poco como en el cine, y entre más se parecen a uno más le gusta el autor, se siente compinche de él porque le sirvió de modelo. En esto, él emparentaba el cine y la literatura, y lo hacía realidad con su trazo en sus famosas caricaturas. Era un ser atemporal porque tenía todos los centros de Medellín en su cabeza. Desde los años cuarenta –vivió en él durante sus largos ochenta años–, y conoció todos los espacios que se podrían disfrutar de la ciudad, era un guía del buen vivir en Medellín. Fue de los pocos de esta ciudad que no creció en las esquinas, no tuvo barra, lo recordaba con cierta nostalgia: para subsanarlo, conoció todos los recovecos del centro, los artísticos y los otros. En su prodigiosa memoria estaban catalogados todos los lugares de la bohemia de Medellín, con su música, de la cual fue un gran conocedor. Resumiendo: el Elkin que conocí fue un ser lleno de pasiones, que las vivía y las disfrutaba: el cine, la literatura, la música, los cómics, los toros, el ajedrez, la escritura, la traducción; era apasionado hasta para beber, fumar y tomar mal tinto. Mi casa, en vez de estar protegida por el Sagrado Corazón, lo está por Orson Welles, estupendo cuadro pintado por Elkin y que llegó a mis manos por una de sus muchas enamoradas, a las cuales

seducía con cuadros y carreta. Sus palabras premonitorias fueron: Javier, le regalo este cuadro porque sé que le gusta Obregón, y cuando uno se muere todo se vuelve basura. Espero que esta sentencia no se cumpla. Larga vida a Elkin Obregón.

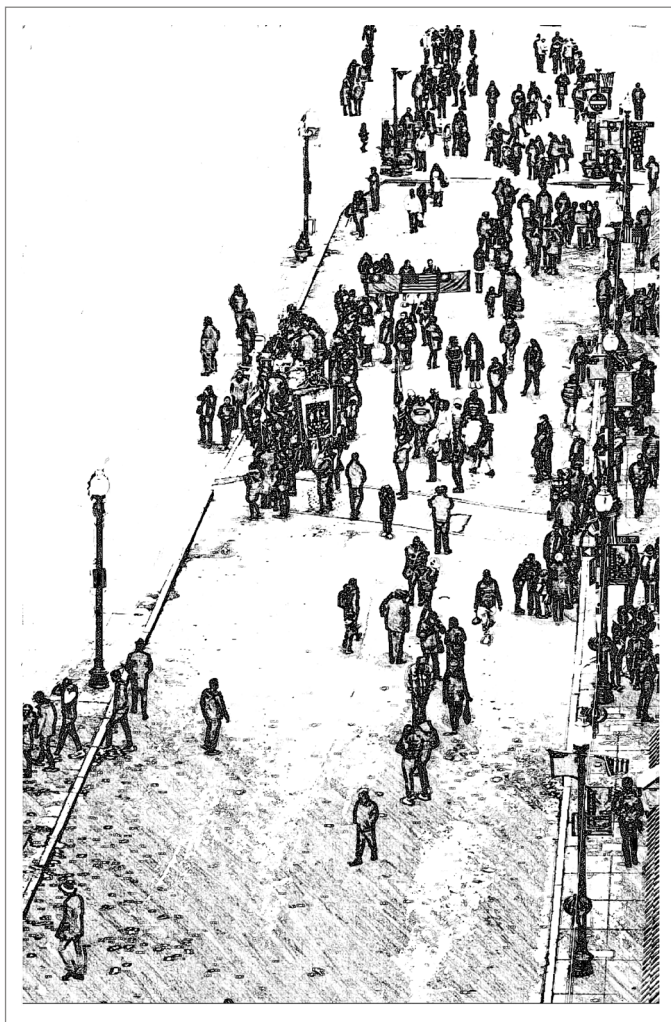
Elkin Obregón, el hombre que nunca conocí

Andrés Esteban Acosta

Sentado en una mesa del bloque doce de la Universidad de Antioquia, leía con atención una de las páginas de la edición setenta y cinco del periódico *De la urbe*. Dos asuntos ganaron mi atención. La pose bohemía, rebelde e inteligente del personaje de la foto, y el autor del texto. El personaje era Elkin Obregón, canoso, con mirada desatendida de la foto —como si la cosa no fuera con él—, sosteniendo un cigarrillo con su mano izquierda, reloj clásico que la manga un poco caída dejaba observar, un radio de conexión eléctrica o de pilas, el arrume de algunos libros y un desorden preciso y bien puesto para describir el resto del lugar. La nota la firmaba Juan Manuel Flórez, estudiante de periodismo en esa época y compañero de bloque y de conversaciones sobre novelas, crónicas y ciudad. A Elkin Obregón lo había leído juiciosamente en *Universo Centro*. Cada vez que tomaba el periódico en la universidad o en algún bar del centro, apresuradamente me dirigía a ese pequeño lugar reservado para las personas trascendentales: la esquina. Ahí me encontraba con Caído del Zarzo, momento de reflexión, desahogo, recomendaciones y otras variedades que Obregón utilizaba con una escritura cuidada y juguetona. Antes de rematar la columna, una coda, ese agregado que necesitamos quienes no queremos desprendernos nunca de las buenas plumas, esa especie de ruptura necesaria para despedirse con la sensación de haber dicho casi todo. Así que empecé a tomarle cariño a Elkin. Lo busqué en

la biblioteca de la Universidad de Antioquia. Ahí estaba, en el tercer piso, en la planta de literatura colombiana. Un pequeño libro de crónicas o relatos de la infancia, *Memorias enanas*, que sin excesos reconstruye esa heroicidad perdida que es la niñez. De nuevo, su escritura se deslizaba sin tropiezos, con la facilidad de quien sostiene las palabras de la sinceridad y del recuerdo. El siguiente encuentro tiene que ver con un gusto compartido. En una Fiesta del libro compré *Trazos*, del Fondo Editorial EAFIT. El libro combina caricaturas y textos de Obregón. Una de esas notas titula “Rivero, para siempre fantasma”. Allí hay una confesión: “No me atrevo a decir qué representa Edmundo Rivero en la historia del tango, porque apenas soy tangófilo de ocasión, y para colmo blasfemo: me gusta más Corsini que Gardel, y más que Corsini Alberto Gómez. No cambio un sospechoso show de Susana Rinaldi por una canción de Tita Merello. Y no consigo entender la afición de muchos iniciados por Andrés Falgás o Hugo del Carril. Pero Rivero es para mí la voz definitiva que sucedió a los clásicos, e inauguró (o canceló tal vez) otra visión o la síntesis de todas las anteriores, metida ya sin redención en este país del tango donde siempre es de noche”. Completamente de acuerdo, el fundamental es Rivero. Para la muestra su versión clásica de *Sur*, o sus interpretaciones de “Trenzas” o “Niebla de Riachuelo”. La nota, publicada en *El Mundo* [el periódico] en 1986, está acompañada por una caricatura de Rivero, ensimismado, con los ojos cerrados, sintiendo un verso entre dientes y aferrado a su guitarra como si fuera la más íntima de las desnudeces. Luego de leer esto, pensé en invitar a Elkin al programa de tango de la emisora cultural Universidad de Antioquia, donde solía hacer las veces de locutor. Lastimosamente, esa vergüenza que uno tiene hacia los personajes que admira, me impidió asomarme por su zarzo con el fin de entrevistarlos y, tal vez, escuchar algunos tangos y bambucos, y pasarlos con aguardiente y Doritos. El encuentro musical se extiende. Una tarde en El Málaga, me acerqué al puesto típico del Gordo, vendedor de libros

musicales, LP, discos de setenta y ocho y CD. Buscando entre la fila de libros saqué *Rescates 2, Nuevas viejeces del cancionero colombiano*. El libro consiste en la divulgación de una serie de piezas poco conocidas de nuestro cancionero, a la vez que de apuntes introductorios que dan un contexto de la canción. Un ejemplo, el bambuco Desengaños, sin datos del letrista y con música de Emiliano Lucena (datos que están en el libro). Agrega Elkin: “Este bello bambuco, de suave melancolía, y la guabina de la página siguiente [“La sombrerera”] pertenecen a la primera época de Garzón y Collazos (Darío y Eduardo), su edad florida; cuando crearon un estilo interpretativo, de aparente sencillez, pero que nadie ha podido imitar, y menos igualar, pese a varios intentos. Algunos, incluso, los cuestionaron. Que Dios los perdone”. El libro venía con un CD en un sobre blanco pegado en el reverso de la contraportada. Del CD hace mucho no sé nada. Quien lo tenga, que disfrute la selección musical de Elkin. Lo último que supe de Elkin es que estuvo en la Fiesta del Libro del año pasado incursionando en la virtualidad, hablando con amigos, coqueteando con la presentadora y recordando *Invasores de la calle*, tira cómica que marcó una época y le dio reconocimiento creativo. En esa conversación, Elkin transita entre el humor, digresiones, menciones a escritores o cantantes, historias y una que otra copa para respetar el estilo bohemio. Ese es el hombre que no conocí, por lo menos con el que nunca tertulé. Todo lo demás hace parte del juego de la admiración a distancia, esa forma de encontrarnos con otros a través de sus obras y las huellas fragmentarias que nos van llegando.



Ilustrador:
JUAN ERNESTO CORREA RIVAS